

# Andalucía: Ensayo geográfico

---

Discurso de recepción académica del doctor don Juan Carandell, en la Real Academia de Córdoba, el 30 de Abril de 1930.

«Hace cinco años tuve la honra de disertar ante esta Academia acerca de la Sierra de Cabra como centro geográfico de Andalucía. Cuán lejos estaba yo entonces de que al cabo de poco tiempo hubiese de venir a Córdoba y algún día volviese del revés aquella conferencia, estudiando también el paisaje andaluz desde aquí, ya que antes lo hiciera desde el Picacho de la Virgen de la Sierra por antonomasia.

El paisaje geográfico, la faz del pedazo de tierra en que vivimos, exige, como todo rostro de mujer, un espejo en que contemplarse. Y este postulado, esta exigencia, me la planteo siempre que contemplo una perspectiva, formulando esta pregunta: ¿cómo se verán los términos inmediatos al que constituye la atalaya desde donde miro, embriagado, el panorama, cómo se verán desde los más lejanos picos que cierran el horizonte? Esta pregunta resume mis ansias de paisaje; nunca me quedo satisfecho con ver de él una cara, cual telón de teatro, sino también el revés. Es lo mismo que debiera sucedernos en todo instante a los hombres: no sólo ver, por introspección nuestra alma interior, sino vernos totalmente desde muy fuera y desde muy alto.

El ilustre profesor norteamericano, Willian Morris Davis formula así la exigencia a todo hombre que aspire a ser culto y moderno: «Un pueblo culto debe conocer su propio país. El quantum de civilización de un pueblo viene representado por el cuidado con que está reconocido su territorio. Conócete a tí mismo es un aforismo tan aplicable a una nación como a un hombre».

El territorio nacional, y particularmente el andaluz, está, en este respecto, muy bien reconocido topográficamente. Incluso la Sierra Nevada lo está por procedimientos barométricos, precursores de un estudio más completo en plazo no lejano. España

cuenta, en el orden de la cartografía, con un servicio que está a la altura de las naciones más adelantadas.

Pero fuerza es consignar que los españoles andamos poco versados en asuntos de mapas. Conocemos malos mapas nacionales, a veces sólo a través de las socorridas guías de automóviles. Para hallar en una librería un simple mapa provincial, se ve cualquier ingenuo curioso en un verdadero apuro. Entre tanto, los buenos, los excelentes, los monumentales mapas topográficos españoles no son conocidos más que por unos centenares de Ingenieros de Caminos, de Montes, de Minas, Agrónomos y del Ejército. El resto, no los conoce, o los conoce apenas.

Pero hay más que el mapa topográfico. Está lo que se llama su lectura, es decir, la interpretación de sus curvas llamadas de nivel o isohipsas.

Más esto tampoco es bastante. En todas partes del mundo los organismos oficiales se ocupan ya de levantar no sólo la planta, que diríamos, de la superficie terrestre, sino el alza; en una palabra, la perspectiva natural considerada desde puntos singulares como los vértices geodésicos. No se me olvidará jamás la impresión que me produjo ver un día en el Instituto Geográfico Catastral de Madrid, y otra vez en la Sorbona, sobre sendos lienzos de pared, la formidable vuelta de horizonte, es decir, desarrollo sobre una ancha tira de papel que mide trece metros de largo, en que está maravillosamente representado todo cuanto se divisa desde la cumbre excelsa del Montblanc. Allí el geodesta francés Helbronner, con la fotografía, con el dibujo y con la acuarela ha legado para la Humanidad el tesoro de los paisajes más sublimes de Europa. Y de esta guisa, franceses, alemanes, italianos, suizos e ingleses, rivalizan en ir archivando monumentales representaciones gráficas que, al acompañarlas a los mapas topográficos, causan sobre el estudioso la sensación de una nueva dimensión que complementa lo que siempre hay de adivinación y tanteo cuando se interpreta, cuando se lee un mapa.

En España se han echado jalones para esta obra ingente de poseer un Archivo del paisaje; pero no un archivo que esté muy bien guardado en los laboratorios y centros de Madrid para uso de los elegidos que huyendo de la provincia en Madrid se quedan, sino un archivo que viva la vida de la letra impresa y la litografía, que circule de biblioteca en biblioteca, de escuela en escuela; que así como aspiramos a que cada ciudad, cada pueblo, cada reliquia histórica, tenga su historia documentada a base

de la fotografía y el comentario crítico, cada población, o cada ciudad, o cada sierra, o cada río, tengan su libro atrayente que nos ponga en contacto con todo ello mediante la buena fotografía, la buena acuarela y el mejor y más fiel dibujo—aquí no cabe el arte libre y subjetivo, sino el arte ingrato de la esclavitud del cristalino humano a la realidad objetiva—al lado del buen mapa y al frente de la historia geológica y geográfica. Y sobre esto, la vida del hombre, que, desde su lengua y sus trajes y sus costumbres y tradiciones, hasta sus más insignificantes acotaciones económicas, todo, todo, es producto del paisaje, como éste es a su vez producto de la historia geológica, de la localización geodésica y del clima. Ya lo decía Giner de los Ríos al hablar del paisaje castellano.

Hemos nombrado un nombre: Giner. Inmediatamente he de enumerar otros, pocos, porque en punto a descriptores del paisaje, los españoles hemos producido poco, y sólo en tiempos recientes; nombremos antes a los extranjeros, a Teófilo Gautier, a Mauribio Wilkamm, el inolvidable botánico, a Mauricio Barres, tal vez a Pierre Loti, y entre los nuestros, que no alcanzan más atrás del siglo XIX, a Jacinto Verdaguer, a don Juan Valera, a Blasco Ibáñez, a Azorín, a Miró. Los demás autores no han sintetizado el paisaje; de él no han captado más que algún que otro detalle; la literatura española, como la griega, ha estado consagrada exclusivamente al hombre; ha producido realistas y observadores profundos, dramaturgos vigorosos, místicos de talla gigantesca; por el contrario, sería tarea difícil echar la mirada, con esperanza de éxito, sobre los paisajes. No así las literaturas germánicas e indias.

Remontemos, pues hora es ya de ello, el escarpe de Sierra Morena y situémonos en las Ermitas, ese bello mirador que tan grato debió serle a Grilo por cuanto, embriagado de panorama, se olvidó de hablarnos de éste para dirigir la mirada vertical al cielo... Allí haremos la primera estación de un viaje ideal que algún día, acaso no lejano, será corriente no efectuar en muy poco tiempo, pero que yo realizaré mentalmente ahora, saltando a través de la Campiña hasta la cumbre de la Sierra de Cabra, y desde ésta, a la del Veleta, en Sierra Nevada, para regresar luego, al punto de partida y ver así el revés de la decoración, el reverso de la medalla. De esta suerte, al mismo tiempo que describamos y expliquemos, que son dos cosas muy distintas, el paisaje cordobés, explicaremos y describiremos el paisaje grana-

dino y malagueño, con lo cual habremos sintetizado el paisaje andaluz al proyectar sucesivamente la mirada a lo largo de una línea casi meridiana que atravesando de Norte a Sur a Andalucía recoge de esta región los tres grandes elementos de que consta, elementos que antes de enumerarlos, y que ya adivináis, podréis representaros en el acto, y con fines de trabajo mental, como «hipótesis de trabajo», como se dice ahora, por un tomo de enciclopedia echado sobre una mesa, pisando un cuaderno de papel o un block de cuartillas que empujáis por el borde libre contra el voluminoso libro que hace de muro resistente. Las cuartillas se ondulan, se arrugan; las de encima de todo acaban por resbalar sobre las otras al empuje de vuestra mano, pero con la otra mano seguís empujando siempre; en definitiva, un mar rizado de ondas de cuartillas avanza contra el muro. Ahí dejáis la tarea; habéis construido, conmigo, la máquina con que se fabrica, en miniatura, una porción de la tierra que se llama... Andalucía. ¿Que cuáles son en Andalucía aquel voluminoso tomo, y aquellas cuartillas, y esas ondas enhiestas y esos cóncavos valles? Hélos ahí: el tomo es la Meseta ibérica, y su lomo o tejuelo, el escarpe en cuyo borde, las Ermitas, estamos; las ondas que resbalaron avanzando empujadas por una mano, las Sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Cabra, Priego, Rute, Yeguas, Pruna y Grazalema y Ubrique. Las otras ondas que tras ellas levantó la otra mano, las Sierras Filabres, Nevada, Almirajara, Tejeda, de las Cabras, del Torcal y Abdalajis, del Burgo, de Tolox, la Serranía de Ronda; el Sistema Bético por antonomasia. Los cóncavos valles—y perdonad el adjetivo redundante, más necesario para la asociación de ideas—son, sencillamente, las altiplanicies de Baza y Guadix, de Granada, de Antequera y Bobadilla, de Ronda, y, aludiendo al espacio que media entre el voluminoso tomo y las ondas de cuartillas que resbalaron en su avance, el Valle del Guadalquivir, de este Guadalquivir que arranca a Francisco de Rioja estas palabras:

*Corre con albos pies al espacioso  
Océano, veloz tarteso río,  
Así no ciña el abrasado estío  
Tu dilatado curso glorioso,*

pues—dice Góngora—

*Dejando tu nido cavernoso  
De Segura en el monte más vecino,  
Por el suelo andaluz tu real camino  
Tuerces soberbio, rauda y espumoso.*

Ya hemos definido, pues, Andalucía, y esta definición cabe traducirla no sólo a todos los idiomas, sino a todos los equipos mentales, por ser definición geográfica, no meramente descriptiva, sino explicativa; la descripción, y no más, no satisface al lector que quiere representarse, graficar en el cerebro, un país que desconoce. La geografía moderna describe explicando, con el cómo y el por qué impertinentes en los labios.

Traduzcamos a términos más científicos, pero en el fondo los mismos, lo que hemos dicho, acaso ramplonamente, del voluminoso tomo y del block de cuartillas. Aquél, es decir, la Meseta Ibérica, es un artificio más de nuestra hipótesis de trabajo; de libro no tiene más que lo de fuera; un prestidigitador nos ha jugado la inocentada; las tapas es lo único que el libro tiene de tal; por dentro, todo está arrugado y prensado; es que antes había cogido una cuantas resmas y las había comprimido fortísimamente; después colocó todo debajo de una guillotina y así simuló una cara del libro; sobre ella ha imitado la tapa que vemos por encima. La definición de la Meseta, con sus aledaños que se llaman Valle de los Pedroches, sierras de Alcuña y Fuencahiente, Sierra de los Santos, etc., la tenéis completa. Un haz de ondulaciones, arrugas o plegamientos antiguos, y por tanto, una pretérita cordillera, que la guillotina secular de la erosión ha ido arrasando y transformando en una casi llanura. Otro guillotinado normal a ese de la erosión ha cortado el tejuelo del falso tomo: es ese escarpe que desde la Sierra de Alcaraz, y quién sabe si desde la costa alicantina o más lejos, se dirige hasta el Cabo de San Vicente o más lejos aún, y que llamamos con imprecisión Sierra Morena; y digo con imprecisión porque de tal sierra únicamente está el tejuelo, es decir la vertiente bética o meridional, puesto que la vertiente septentrional no la ha visto nadie todavía, toda vez que habría que buscarla acaso en los alrededores de Toledo, o en las costas de Galicia; tan ancha es, pues, la divisoria que, lejos de ser una línea, una arista, es nada menos que la superficie inmensa de la ancha Castilla, interrumpida por otras arrugas que forman las Sierras de Guadarrama, Béjar, Peña de Francia, Gata y Estrella, y surcada por el Duero, el Tajo y apenas por el Guadiana.

Desde las Ermitas vemos al fondo dos siluetas; las más lejanas, blanqueadas por la nieve, asoman entre el Ahillo de Alcaudete y el macizo de Cabra, y constituyen la imponente Sierra Nevada; y por la derecha de la Sierra de Rute contemplamos

las de Loja, Archidona, Jarcas, Cabras, Torcal y Abdalajis. La Campiña oculta momentáneamente las del Chorro, pero a la derecha de las Sierras de Estepa y Yeguas vuelven a aparecer otras, que son las de Pruna y Grazalema. Todo eso es el conjunto de las cuartillas onduladas y arrugadas que han quedado rezagadas con respecto a las que resbalaron, como si viniesen al asalto de Sierra Morena y la Meseta, y que son las sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Fuensanta, Ahillo, Cabra, Priego, Rute, Estepa y Yeguas, más esas de Pruna y Grazalema, que han resbalado menos, avanzando menos.

Permitidme que os diga que no es que Africa llegue a los Pirineos; Africa llega hasta la Campiña cordobesa; Europa, el elemento europeo de Andalucía, es Sierra Morena. Las invasiones geológicas recientes vienen de Africa (lo mismo que las humanas). Europa resiste en los escarpes de Sierra Morena. El Guadalquivir es, pues, geográficamente hablando, no literariamente, no en metáfora, el hijo de la negra Africa y del rubio continente eurasiático.

Córdoba, la Córdoba magna del califato, se asienta en la línea de enlace entre lo europeo y lo africano. Granada y Málaga, están sobre el pedazo de Africa que el Mediterráneo inunda en parte y separa aparentemente del continente negro. Así, pues, si Ganivet, lo mismo que Pi y Margall en «Las Nacionalidades», admitía dos Andalucías, la alta y la baja en sentido de Este a Oeste, yo postulo la existencia de dos Andalucías, la africana y la europea separadas por el Guadalquivir y las Campiñas de Jaén, Córdoba y Sevilla.

¡Qué epopeya la de la última gestación de la región andaluza, la de ese desgaje de la Meseta Ibérica que hoy contemplamos desde la Campiña cuando miramos el muro de la Sierra Morena, la de aquel ondularse y replegarse de los fondos del mar que surgieron al exterior de las aguas que llenaban el ámbito inmenso que se extendía desde la Sierra Morena hacia el Africa remota; qué grandeza la del fenómeno geológico en virtud del cual surgían primero una gigantesca cordillera, de la cual se destacaban con violento estrépito las elevadas cumbres y formando arrolladora falanje, cual marea de rocas, avanzaban hacia acá hasta que las resistencias pasivas acababan por detenerla en su marcha al ataque de Sierra Morena! Verdaguer canta la epopeya de la apertura del Estrecho de Gibraltar. Pero este hecho geológico y geográfico es insignificante comparado con la orogenia de

los Alpes y con la génesis de la Cordillera Bética y del suelo andaluz. Sólo en el Ramayana se lee algo digno de este verdadero parto de los montes, acaso en Rudyard Kipling. «Al ver a Ravana que corría con rápido vuelo con su arco y su dardo inflamado, el monarca de los simios salió a su encuentro, impaciente de medir sus armas con él. El soberano de los monos arrancó con sus brazos vigorosos la cima de una montaña, y levantando aquella mole arrojóla contra el rey de los raksasas. Al ver aquella montaña que se precipitaba sobre él, de pronto, el héroe decacéfalo la cortó con unas flechas parecidas al cetro de la muerte». Hanumat, que poseía la fuerza del viento, asió la montaña, lanzóse prontamente a los vientos con ella, y partió con rapidez». Cargado con su gran alpe, Hanumat descendió cerca de Lanka, y dió cuenta de su misión a Sugriva, a Rama, y a Vibisana. El noble ragüida le dijo: «La obra que acabas de realizar, héroe de los monos, iguala a las acciones de los propios dioses. Pero es necesario que devuelvas esta montaña al lugar de donde la has tomado, pues es el lugar donde los dioses vienen a recrearse en cada nuevo plenilunio».

Pero basta de poesía; frenemos la imaginación. Decíamos antes...

Al pie del escalón de las Ermitas, de esa herida o cicatriz que nos permite comprender en el acto la estructura del alto país cordobés—el tomo voluminoso de nuestra hipótesis de trabajo—se extienden varias colinas, cuyo conjunto forma lo que llamamos por antonomasia el Brillante. Su altura sobre el mar es la misma que la de la Campiña. Representan un trozo de Campiña que la muesca del Guadalquivir separa de ella. Fijáos en que esas colinas tienen un remate plano, con ligera inclinación hacia el valle. «Albarizas», «cuevas», «mesas» son nombres de cortijos. Aquí y allá canteras de caliza y hornos; por doquier, manantiales, huertas. La caliza está en bancos superpuestos, y con altura uniforme. Unidlos mentalmente por encima de los barrancos y cañadas y reconstruireis el gran plano inclinado o «cuesta» que se extendía al pie de la Sierra de Córdoba y se continuaba insensiblemente por la Campiña. Pero el río lo ha cortado, y los torrentes de la Sierra, impetuosos, salvajes, han completado la obra.

Más allá el Guadalquivir, ciñendo a Córdoba, se nos aparece con toda la opulencia de un río maduro; pero ha sido joven en tiempos pretéritos; ha sido destructor, como sierra de cinta que

muerde incansable la muesca de su propio lecho. Hoy discurre hondo; pero ciñen a ese Brillante otras pequeñas lomas cuya composición en conglomerados revelan las trincheras de las vías férreas: aquellos guijarros son eco de una fase anterior en que el río discurre a más altura y a mayor velocidad que hoy. Córdoba tiene su parte alta y su parte baja; las cuevas del Bailío, la calle de Claudio Marcelo, la de Jesús María son el escalón que separa dos tableros, dos terrazas, dos fases en ese ahondamiento que el Guadalquivir ha operado hasta adquirir, aquí en Córdoba, el perfil de equilibrio que hoy tiene. Equilibrio, no; que el Guadalquivir es un río que vive la tragedia del que súbitamente adquiere caracteres torrenciales que le hacen abandonar la mansedumbre que de ordinario tiene, aumentando su caudal en cientos de veces el ordinario. Buena culpa de ello tienen los barrancos de la Sierra, que hienden el escarpe y lo recortan en un laberinto de afiladas cuchillas que por la mayor dureza de las rocas quedan en alto y avanzan hacia el Sureste hasta desaparecer bajo los terrenos de la Campiña; esos barrancos serreños vierten al Guadalquivir en pocas horas la casi totalidad de las aguas de lluvia caídas en un momento dado, escupidas por un terreno impermeable y no retenidas por una masa de bosques que no sólo debiera constituir un lujo, gala y orgullo, y una fuente liberadora de cargas económicas para no pocos pueblos de la Sierra, sino que serían la esponja que retuviese las aguas salvajes y regulara el caudal del Guadalquivir.

Los meandros del río no están nunca fijos; el Guadalquivir divaga, es decir, muerde en unas riberas y regala detritus a las contrarias. Como todos los ríos, tiene un lento movimiento pendular. Ved los cortes que abre en las arcillas azuladas de la Campiña, a cuyas expensas el Guadalquivir va ensanchando más y más la planicie de su propia Vega, que aquí en Córdoba, donde se inicia, es estrecha, pero que más abajo de Sevilla es amplísima.

Levantemos muy poco más la mirada, y toparemos con la Campiña. Por nuestra izquierda aparece en contacto con la Sierra Morena allá por los términos de Bujalance, Carpio, Pedro Abad; desde estos puntos hasta nuestra extrema derecha, enfilando casi el castillo de Almodóvar, la Campiña parece el mar; un mar con manchas verdes oscuras en unos sitios, los olivares, separadas por amplios espacios que cambian de color con el ritmo de las estaciones y que son verdaderas alfombras de



flores en la primavera, y verdadero oleaje en los trigales cuando los azota el solano. La Campiña parece todavía el mar cuando fué en períodos no lejanos, y sus lechos arcillosos altos y bajos con arenas conservan la casi perfecta horizontalidad que tienen los sedimentos que en el fondo de los mares se depositaron. Al Sur comienzan a aparecer ondulados, al empuje de las montañas de Rute, Priego, Cabra, Alcaudete y sierras jienenses.

Casi todos los pueblos campiñeses están sobre suaves y redondeadas cumbres a altitud uniforme. Si pudiéramos devorar la Campiña toda la tierra que los arroyos y regatos le han sacado, sería plana como la palma de la mano. Cada pequeño curso de agua es una sierrecita de cinta que corta aquí y allá con afanosa labor de marquetería, y cincel de escultor que en su curso antes fué plana superficie, modela toda una teoría de montañas y suaves vaguadas. Una pregunta ahora: ¿por qué la Campiña no tiene, y agradezcámoselo, ni los estratos de yeso ni las salinas ni la razón de calizas que dan un rasgo tan característico a las sierras de los ramos castellanos y a la cuenca del Ebro? ¿Es que a causa de la comunicación constante que con el Oceano tuvo el Bético y el mar que la ocupara, no se concentraron aquellas sales minerales en una cuenca cerrada? ¿Es que el Guadalquivir y sus afluentes se lo habrían llevado todo, como si quisieran limpiar esa tierra de todo lo que le quitase esterilidad, brindando así al pueblo andaluz el regalo de esas arcillas tan fértiles, que las de ninguna otra región española?

Demos el salto a la Sierra de Cabra. Bajo nosotros corre el Guadalquivir, con sus recortados meandros, con aquel desahogado y continuo como un ofidio o como el péndulo de un reloj, cambiando siempre su cauce y dando la impresión de un río demasiado pequeño para tan amplio valle como el que nos presenta en Torres Cabrera. Para dar una pincelada geográfico-histórica os diré que si nos acompañase un castellano de León o de Galicia, se sorprendería de que en nuestro salto sólo distinguimos bajo nosotros media docena de grandes pueblos; el castellano o leonés no se explicaría por qué en su tierra pasarían no

ilumináis la inteligencia de nuestros hombres agrarios para que la colonización de la Campiña prosiga y no exista el cada vez más peligroso desequilibrio entre una ciudad y unos pueblos tentaculares, y un campo desierto que impide la pequeña propiedad y el cultivo intensivo e integral de la tierra, haciendo de ésta una cadena de industrias de la que hoy faltan casi todos los eslabones?

Pero ya estamos en el Picacho de la Sierra de Cabra, es decir, sobre una de las encrespadas ondas que avanzaron resbalando en nuestra experiencia fundamental. Por doquier, cresterías de caliza, que enmascara el agua que guarda avaramente en lo profundo de las entrañas, La Fuente del Río, en Cabra, la Fuente del Rey, en Priego, y mil más. El paisaje calizo reserva estas sorpresas; es la esponja que envía a lo hondo el agua de lluvia, y la rezuma en las faldas de la montaña. Si nuestros hombres de la Sierra Morena creyesen más en la función social de la propiedad y menos en el acomodaticio derecho romano, verían en los bosques también una esponja; mil fuentes aparecerían por todas partes, y en lugar del cultivo seco en tanta extensión, tendríamos no poco regadío por doquier y no pocos pequeños propietarios verdaderos artistas de la agricultura, en vez de esos infelices que vemos cómo desmontan criminalmente—aunque el crimen está, o se forja en otro lugar en nombre del orden—las laderas de Sierra Morena.

Mirando al Sur siempre, tenemos ante nosotros, ya cerca, la Cordillera Bética, que en parte ocultan las moles del Lobatejo, de la bravía y encrespada Tiñosa de Priego, cual ola de rocas que amenaza pasar por encima de la Sierra de Cabra y de la Sierra de Rute. Y ahora sí que podemos contemplar a nuestro sabor la majestuosa Sierra Nevada, que se nos presenta como una cúpula de serenidad de perfiles verdaderamente inaudita, sobre la cual se posa el manto inmaculado de la nieve. Más allá, hacia el Este, se alinean las crestas de la Sierra Harana y de Baza, y más acá desfilan según viramos la mirada hacia el Sur y el Sudoeste los grandes eslabones del Sistema Bético que ya habíamos columbrado desde las Ermitas de Córdoba, pero que vemos ahora desde mucho más cerca. Tras las sierras de Yeguas y Mollina divisamos la cuenca cerrada de Fuentepiedra, con su esteparia laguna, reliquia del manto lacustre que hasta tiempos recientes ha ocupado la altiplanicie de Antequera, gemela de las altiplanicies rondeña, granadina y de Guadix y Baza, las cuales,

precisamente por haber quedado prematuramente aisladas del gran brazo marino del cual es herencia la Campiña cordobesa, tienen hoy en sus suelos el elevado coeficiente calizo y yesífero que tan malas tierras de labor hacen.

Todas estas cuencas primero marinas, lacustres después, y drenadas hoy por los ríos Guadiana Menor, Genil, Guadalhorce y Guadiaro, son el plano sobre el cual habrían resbalado la Sierra de Cabra, en cuyo Picacho estamos, y las que con ella, Sierras de Rute, Priego, etcétera, forman la Cordillera Pre-Bética.

De esos cuatro ríos, dos, el Guadiana Menor y el Genil, van al Guadalquivir; el Guadalhorce y el Guadiaro se desvían al Mediterráneo. El más interesante de todos es acaso, en este momento de la disertación, el Guadalhorce; este río es un río extraño a la gran cuenca del Guadalquivir; es un río que antes se formaba en las proximidades del famoso Tajo de los Gaitanes; pero como todos los ríos realizan constantemente una labor de zapa, acabó por apoderarse de las aguas de la cuenca lacustre de Antequera y Bobadilla y robarlas al Genil, llevándoselas a Málaga, al Mediterráneo. Otro río, el Guadalfeo, granadino, amaga un constante y progresivo robo de aguas al Genil, que son derivadas al Mediterráneo, valiéndose del río de Padul.

Dediquemos sólo dos palabras al Torcal de Antequera, que se divisaba ya desde las Ermitas y que vemos ahora mucho mejor, y al Tajo de Ronda, cuya situación se adivina admirablemente desde el Picacho de la Sierra de Cabra. El Torcal, el Tajo de Ronda y la Gruta de las Maravillas son la trinidad de los paisajes calizos o «cársticos» de Andalucía; son el modelado o laboreo de la erosión a cielo descubierio y bajo tierra respectivamente.

Pero hagamos la segunda etapa de nuestro vuelo, y lancémonos al espacio en demanda del Pico de Veleta, gemelo del Muihacen, a los 3470 metros sobre el mar, once menos que la reina de las cumbres españolas, y cualquiera de ambas reputable de Montblanc de España.

Carcabuey, Priego, Almedinilla, repiten el paisaje egabrense, el oasis como lo calificara Valera, con sus aguas en eterno murmullo, sus huertas que ofrecen, amorosas, un trabajo constante que es arte y que es grato juego. Pasado el Parapanda, mientras la Sierra Nevada se agiganta, ábrese bajo nosotros la Campiña de Granada, y en su centro, el trazo verde del Genil y sus riberas. Granada se recuesta al pie de las colinas acumuladas por

el gigantesco torrente en que antaño se resolvían los grandes glaciares de Sierra Nevada, hoy casi reducidos a la nada, al Corral de Veleta. Pasamos sobre la más africana de las ciudades andaluzas si hemos de ser consecuentes con afirmaciones anteriormente formuladas. Por un momento parece que ante nosotros, y adosadas a la gigantesca cúpula de la Sierra Nevada reaparecen las siluetas recortadas, atormentadas de la Sierra de Priego; es el Trevenque, uno de los macizos calizos que rodean al núcleo central; ese Trevenque, acaso sea la misma cuartilla que resbaló y llegó hasta donde están las Sierras de Cabra y demás.

Ese Trevenque tiene más de dos mil metros; sin embargo, sus proporciones quedan anuladas; cuando lleguemos a la pequeña meseta del Picacho de Veleta, apenas acertaremos a hallarlo: tan bajo queda.

La nieve deslumbra los ojos; imponentes tajos señalan las colosales fracturas que el macizo ocultaba a nuestra mirada; aquí y allá unos círculos negros, en los que flotan témpanos de hielo verdosos como esmeraldas, señalan otras tantas lagunas que algún día trocarán su inútil quietud en colosal energía eléctrica; lagunas en cuyos espejos todavía parece reflejarse por las noches el espíritu de Muley Hacér, padre de Boabdil. Ya estamos posados sobre el Veleta. Por fin descubrimos el mar a menos de 40 kilómetros en línea recta. Entre él y nosotros, los pliegues de la Sierra Nevada y de las de Lujar y Contraviesa; la Alpujarra, el trégico baluarte de los árabes, el borrón de la Reconquista. No cedamos todavía a la tentación de volver la espalda, y sigamos mirando hacia el Sur. Aplacemos unos instantes la impaciente voluptuosidad de saborear el paisaje más amplio y más sintético de Andalucía. Entretengamos y deleitemos el espíritu no con la árida prosa de quien os dirige la palabra, sino con la de los Bory de Saint Vincent, Boissier, Wilkomm, Ibáñez y Perrier, y el Dr. Bide, sin olvidar a los Rojas Clemente, Alarcón, Castelar y Villiaespesa.

Bory de Saint Vincent, Oficial de Estado Mayor de las huestes napoleónicas y autor de una «Guide du Voyageur en Espagne» editada en París el año 1823, habla del Mulhacén y el Veleta como de «inmensos dominadores del horizonte» desde los cuales se divisan al mismo tiempo «la Sierra Morena, treinta leguas distante aproximadamente hacia el Norte, y las costas de Africa, alejadas cuarenta y cinco leguas por el lado Sur, cuando menos». «El observador, maravillado, que en un día puede llegar

desde una playa ardiente hasta las cimas heladas, ve, en seis a diez leguas de trayecto, cómo la naturaleza cambia de aspecto bajo sus pasos, como si por una potencia mágica se hubiese elevado, de un salto, desde el Ecuador hasta las regiones polares...»

El suizo Edmundo Boissier, allá por el año 1839, descubre la Sierra Nevada desde el velero cuando al pasar frente a Motril divisa con emoción las cumbres heladas detrás de las sierras de Lujar y Contraviesa. «Este paisaje sublime por sí mismo tenía yo la dicha de verlo bajo un aspecto que hacía valer tanto todas sus bondades; todo se reunía para excitar el entusiasmo del viajero, la llegada a la meta deseada tanto tiempo, la grandez de esta natura, la fuerza de los recuerdos que planeaban sobre esta tierra sagrada».

En 1879 la Comisión hispano-francesa presidida por el insigne geodesta español Ibáñez, llevaba a cabo una resonante proeza científica: la unión geodésica del Mulhacén con la costa de Orán, mediante destellos luminosos que remedaban el nostálgico adiós tendido entre los dos baluartes del pueblo hispano-árabe. «El pico de Mulhacén, escribía Perrier, iba a ser testigo de los prodigios de la ciencia.: la producción de un haz luminoso eléctrico de una intensidad suficiente para ser dirigido con precisión y eficacia a la costa africana, siempre invisible a simple vista, a una distancia de doscientos setenta kilómetros. Sobre la cumbre helada iban a vivir durante dos meses geodestas y ayudantes, mecánicos, soldados, obreros, cuarenta personas aproximadamente, provistas de aparatos de precisión, de instrumentos y máquinas de todas clases, produciendo todo el estridor de la vida industrial, con el silbido de vapor que señala uno de los rasgos característicos de la civilización moderna».

El gran botánico alemán Willkomm, a quien tanto debe la ciencia española escribe desde el Veleta estas palabras: se extiende hacia el E. N. y Oeste un mar de montañas. Sobre las sierras de Jaén y Lucena se ve la línea azul oscura de Sierra Morena. Más allá se extienden las dilatadas llanuras de la Mancha y Castilla, que se confunden con el azul del cielo». «Es el día más grande de mi existencia».

El Dr. Bide, el más arrojado explorador de la arista afilada que separa el Mulhacén del Veleta, describe la puesta del sol contemplada desde el Veleta, y al aludir a la «corona de montañas en las cuales el tono rosado tierno se confunde con pálido azul», concluye con esta frase: «es maravilloso».

Simón Rojas Clemente alude al paradisiaco valle de Lanjarón haciéndose eco de su «cielo alegre y despejado que jamás se empaña sino para regarla con sus lluvias suaves y protegerla contra los rayos de la canícula; un ambiente puro que nunca se agita sino para verter rocíos de plata y producir céfiros que templen la influencia de aquel sol hermoso. Todos los dones, en suma, y todos los encantos que, repartidos por toda la Bética famosa, han notado la poesía y los filósofos, se reúnen allí, como para representar, en miniatura, los Campos Eliseos de Homero y Estrabón.»

Jacinto Verdaguer, en «L'Atlántida» dedica a Sierra Nevada delicadísimas estrofas. Castelar la califica de «cristal veneciano que toma tantos reflejos y tiene tantos resplandores».

Al contemplar Alarcón desde la Alpujarra el Mediterráneo, dice: «El Mar. Calle todo ante su grandeza». Y Villaespesa, en «Abén Humeya», nos habla de

*pueblos que parecen nidos  
de vencejos y milanos  
en las rocas suspendidos,  
y picachos eminentes  
tocados de nieve y hielo,  
que con sus altivas frentes  
rasgan el azul del cielo!»*

Y ahora he de deciros que si Andalucía resume a toda España porque tiene en su suelo elementos de toda la península: Meseta, como Castilla, Valle, como Aragón, Cordillera, como Asturias, y Navarra, y Aragón y Cataluña, y costas como Levante; si Andalucía resume a toda España, digo, la Sierra Nevada se viste con flores que no solamente resumen las de la Península, sino las de Europa y hasta del mundo entero. No temais una enumeración erudita; quede ella para otros estudios; honra a los Rojas Clemente, Boissier y Willkomm que investigaron la flora del imponente macizo granadino. Yo sólo os diré que desde la zona costera, de clima subtropical, de Motril, donde se dan cita la caña de azúcar, y la batata, y la chirimoya, y hasta el café; donde hecho de menos incluso el árbol de la quina que la previsión de los gobiernos debiera haber plantado en las laderas de las sierras de Lujar y Contraviesa; desde Motril hasta las cumbres del Mulhacén y Veleta, a cuya sombra persisten con caracteres eternos las nieves; en estos 30 kilómetros de distancia, y en esos tres kilómetros y medio de altura, se escalonan

todas las zonas botánicas del planeta. Sobre el estrato floral costero, donde además de las especies citadas abren su pompa las palmeras y los naranjos, viene el peldaño de los plateados olivares y sobre ellos, árboles frutales de todas clases; después la zona de la vid. A mayor altura, la zona montana, con los castaños y los robles; más arriba, allí donde ya no hay pueblos como Trevélez y Capileira que alcanzan alturas de más de 1.500 metros, desaparecen los bosques, y en su lugar están los humildes hierbas de la zona subalpina, cubierta de nieve desde octubre hasta abril, y trocada en manto verdoso durante la primavera estival, que depara a los alpujarreños ocasión para cultivar el centeno, la patata y hasta el tabaco a más de 2.000 metros de altura. El Veleta y el Mulhacén, con las restantes cumbres superiores a 3.000 metros, pertenecen a la zona alpina, en la que es imposible todo cultivo, y las plantas espontáneas, de raquíptico porte y de flores rutilantes, sólo vuelven a hallarse en el Atlas, en el Pirineo, en los Alpes, en Escandinavia o en Laponia.

Después de esta divagación botánica, volvamos a lo geológico y geográfico. Decíamos que el macizo de Sierra Nevada es una inmensa cúpula, y añadimos ahora que está formada por pizarras en que brillan la mica, el anfíbol y el granate. En cierto aspecto, Sierra Nevada, litológicamente, recuerda más a Sierra Morena que los otros elementos de Andalucía. Sierra Nevada es como si después de partirse en dos el inmenso bloque de la Meseta Ibérica, quedando ésta en alto y hundiéndose la porción meridional, hubiese sobrevenido el empuje de Africa y de resultas hubiese surgido la gigantesca onda sobre la cual pasaron, resbalando, las que han quedado envolviendo el macizo granadino y han avanzado hasta los confines de la Campiña cordobesa.

Si desde lejos, cuando estábamos en el Picacho de la Sierra de Cabra, la veíamos como níveo pecho, ahora, desde el Veleta, por doquier atisbamos concavidades en cuyo fondo se albergan lagunas, a más de 2.800 metros en general. Estas lagunas y esos circos representan el resultado de la labor de modelación iniciada por esa misma nieve cuando en los tiempos en que apareció el hombre el clima más frío y más húmedo que hoy, permitía la congelación, el endurecimiento propio de los glaciares. La belleza de los Pirineos y de los Alpes se debe tanto a su mayor complicación como, sobre todo, a la intensidad con que los glaciares actuaron, creando los inmensos bajarrelieves al final de los

cuales admiramos hoy los bellos lagos suizos e italianos. Y es que contra las leyes de la latitud, con sus consecuencias térmicas, sólo pueden prevalecer las grandes altitudes. Un ataque más enconado por parte de Africa contra Europa habría dado a la Sierra Nevada un par de miles de metros más de altura, y el paisaje andaluz sería en todos sus aspectos, una fiel reproducción del de Suiza y el Franco Condado.

Volvamos la mirada al Norte antes de emprender el regreso. Ya realizado mi sueño, al ver el paisaje acostumbrado, del revés. A mis pies se tiende la Vega de Granada y las altiplanicies de Guadix y Baza. Más allá las cuartillas que resbalaron al arrugarlas, es decir, el reverso de las Sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Martos, Alcaudete. Aquí una solución de continuidad (como la que hay entre las Sierras de Cazorla y Mágina); en efecto, recordemos que desde las Ermitas de Córdoba divisamos, entre el Ahílo de Alcaudete y la Sierra de Cabra, esta Sierra Nevada en que ahora estamos. Pues bien: en esa misma dirección columbramos una silueta de una horizontalidad y de una perfección de trazado sorprendentes: es la Sierra Morena.

Recordemos la vuelta de horizonte llevada a cabo por Helbronner en el Montblanc. La identidad de los términos es perfecta. En el panorama del ilustre geodesta francés se divisa el lejano reborde de la Meseta francesa, hermana de la española; por el pie discurre el Saona, al cual afluye el Doubs, nacido en el Jura; nuestro Guadalquivir es el Saona y Doubs, francés. Del Mulhacén y Veleta nace el Genil; de entre el Pico de Cuervo y la Sierra Harana nacen el Maitena y el Aguas Blancas. Todos estos ríos se reúnen en el por antonomasia llamado Genil, de igual modo que el Arve y el Ródano forman el Ródano propiamente dicho. Desde Lyon, el Saona cede el nombre al Ródano; desde Palma del Rio, es el Genil el que hace mutis. Edrisi, el geógrafo árabe, coloca en el Genil a Sevilla y a Sanlúcar; para él el Betis terminaba en Palma, como el Saona acaba en Lyon.

Y ahora supongamos que cabalgando sobre un rayo luminoso acudimos al encuentro, ya de vuelta, del que la Sierra Nevada reflejó hace miles de años; con la imaginación, supongamos que los torrentes y ríos no hubiesen comenzado todavía su labor. Si devolviésemos a Sierra Nevada y a las que se interponen entre ella y Sierra Morena, todo el inmenso volumen de detritus desplazados por los cursos fluviales, nos sorprenderían dos cosas: que un enorme caparazón calizo cubriría, a guisa de cas-



co, a la Sierra Nevada, alcanzando así considerable altura; y los grandes lagos y el brazo de mar que ocuparían, respectivamente, las dos concavidades que se abren entre la Cordillera Bética y la Cordillera Pre-bética (Sierras de Cabra, etc.), y entre esta segunda Cordillera y el escarpe de Sierra Morena. De ahí, pues, que estas jóvenes cordilleras constituyan la cantera colosal de la que el artífice de las aguas arranca a lo largo de los tiempos los detritus que van cegando o colmatando (empleando un galicismo) aquellas cuencas. La Vega de Granada, sucesora de un gran lago, es hija de la Sierra Nevada. La Campiña cordobesa lo es de la Sierra Nevada, de las de Cazorla, Jaén, Cabra, etc., y de la propia Sierra Morena. A favor de aquella gran altura que tales sierras, exceptuando la Morena, tuvieron, los ríos que de ellas descendían al Canal Bético tenían gran velocidad, gran fuerza de arrastre, gran fuerza de empuje en sus deltas y conos de deyección: de ahí que el Guadalquivir no marche equidistante entre los límites de su cuenca, sino que discurra acorralado contra aquella sierra cuyos derrames han tenido siempre menor fuerza desplazante, es decir, contra Sierra Morena. Este maridaje tan estrecho entre el río y la sierra es la causa fundamental de aquellas riadas tan súbitas a que antes me referí, y que atenuarán los grandes embalses.

Sin darnos cuenta hemos atravesado otra vez la provincia de Granada y hemos rebasado el Picacho de la Sierra de Cabra. Estamos ya cerca del punto de partida. Sólo un momento nos detendremos ya en este regreso, desviándonos algo hacia el Este. Hémos en lo alto de la inclinada torre de Bujalance, la atalaya campionesa mejor situada para una lección de geografía andaluza. Desde ella divisamos perfectamente el escarpe de Sierra Morena, reflector cósmico de los rayos solares que se traducen en oasis casi subtropicales de dulcísimos naranjos; la Sierra Morena, con sus espolones que avanzan hacia la Campiña y se ocultan bajo ella; con las muescas de sus barrancos que se abren siguiendo la dirección NW.-SE. de las rocas menos resistentes. Detalle nimio éste, como si lo rebuscásemos con una lupa. Pero esos espolones tienen un secreto que el hombre descubrió tiempo ha, pero que la humanidad actual explota con conciencia de lo que hace. En tiempos remotos, esos espolones eran barreras naturales que se oponían al paso del Guadalquivir; nuestro río tenía que saltarlos; imaginemos las cascadas que se formarían entre Marmolejo y Villa del Río; entre Montoro y Pedro Abad; entre

Pedro Abad y El Carpio; entre Villafranca y los llanos de Alcolea, y acaso en Alcolea mismo. ¡Qué magníficos embalses naturales! La cinta líquida, la sierra cuyos dientes incansables son desde la más insignificante partícula hasta el voluminoso canto que va rodando río abajo y desgastándose, cortó aquellos espolones, aquellos diques naturales, y hoy podemos admirar los pintorescos pasos del Guadalquivir, lo que los ingleses llaman «water gaps» y nosotros «hoces» o «cañones», alguno de los cuales, como la hoz de Montoro, son una fiel miniatura del famoso meandro encajado del Tajo en Toledo.

La ingeniería moderna repara este desgaste operado por la Naturaleza, y ahí está el Salto del Carpio en el Alcurrucén, preludio de otros cuya localización se adivina; y esas muescas que los barrancos serreños hienden, como el Yeguas, el Arenoso, el Guadalmellato, el Guadiato, el Bembézar, y cien más, son promesa de obras alguna de las cuales, el Pantano del Guadalmellato, es halagüeña realidad, y honra de quien la inició y de quien ha sido brazo ejecutor.

Ya en las Ermitas, el rebasar el vuelo hacia el Norte supondría observar un país de granitos, pizarras, calizas antiguas, totalmente distinto, en que el suelo, la flora, la fauna, el hombre en su habla, en sus costumbres, en su habitación, en la construcción de los pueblos, etc., es algo que ni es genuinamente andaluz ni genuinamente manchego o castellano. El paisaje de la Sierra Morena se descompone en tres grandes unidades: las proximidades del Guadalquivir, con los bellísimos granitos rojos de los Arenales, a los que emulan los agrestes picachos de la desolada Virgen de la Cabeza, en Andújar, denotan el efecto de la gran desgarradura en que se termina la Meseta Ibérica, desgarradura que se descompone en varios escalones. Sigue más al Norte el Valle de los Pedroches, masa granítica que aparece como hundida entre el borde bético de Sierra Morena y las alineaciones pizarreñas que señalan el límite de las provincias de Córdoba y Ciudad Real; como si el peso del granito repercutiese en su línea de flotación isostática.

El paisaje botánico de la gran porción septentrional andaluza tiene la austeridad castellana, que contrasta con la jocunda policromía bética. El olivo y la vid luchan con desventaja contra la encina. Los cereales quedan reducidos a términos imposibles de comparar con la panera campiñesa. Pero la dureza del medio, esa dureza con que la Sierra Morena trata a sus hombres, hace

a éstos duros a su vez para el trabajo, emprendedores, recios de carácter. Y si la tierra es ingrata en la superficie, alberga, en cambio, en sus entrañas el tesoro de sus minas, unas, como las de carbón, directamente relacionadas con los elementos litológicos del suceso, y otras, como los filones metálicos, consecuencia inmediata de la gran desgarradura a que tantas veces he aludido, la falla del Guadalquivir, y que hacen de las provincias de Jaén, Córdoba, Sevilla y Huelva la tetralogía minera de España. Yo os digo que la Sierra Morena realiza la síntesis más completa que se puede pedir, y que el Norte de la economía cordobesa, si ciframos los ideales en un consciente amor a la región y a la provincia, es fomentar la armonía entre la Sierra, la Campiña y las Sierras mesobéticas de Cabra, Priego, Jaén, etc. Esta armonía consiste en verticalizar la producción, asegurando un ciclo perfecto en el trabajo, desde las minas que fomentan la riqueza del subsuelo y crean industrias de transformación como ocurre en Peñarroya, hasta la Agricultura, que representa el otro extremo de un arco formado por todas las restantes industrias, más los saltos de agua que produciendo energía y recuperando, reconquistando para el riego tantos terrenos que lo han sido o que debieron ser de regadío, restablezcan el engranaje, que hoy no existe, entre la ciudad y el campo, transformando el suelo andaluz en la ansiada democracia rural que por tenerla Francia, no perdió la guerra, y por no tenerla España, no ganó las colosales empresas en que anduvo metida.

JUAN CARANDELL.

